

nada que pueda atraerme alguna estimación y gloria vana.»

NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Hacedlo así, y viviréis. Amén.»

Estos son los frutos de la oración, y estos son también sus garantías. Humildad, desasimiento de sí mismo, obediencia, santa indiferencia de todo; en estas señales se reconoce que no hay engaño. Esos raptos, esas largas contemplaciones sin palabras, esas entregas á Dios sin sentimientos algunas veces, todas esas santas delicadezas del amor divino, tienen una piedra de toque infalible. Hacen madurar el alma, y la elevan poco á poco, pero inevitablemente, á los más altos grados de unión con Dios. Esto es lo que la Madre de Chantal había comprendido por su propia experiencia, y lo que explicaba luego divinamente á sus hijas.

Después de haberles descrito con su ordinaria claridad la oración de quietud, reposo ó simple mirada: «Quiero daros—añade—las señales por donde habéis de reconocer si vuestro reposo y quietud en la oración vienen de Dios.»

Indica á renglón seguido siete, que las almas elevadas por Dios á este alto estado no podrán meditar nunca bastante.

«La primera será, si tomando como de costumbre vuestro punto de meditación, no os podéis servir de él, y sentís, sin artificio por parte vuestra, vuestro corazón, vuestro espíritu y lo íntimo de vuestra alma suavemente atraídos á ese sagrado reposo.

»La segunda, si en medio de esas suavidades aprendéis á obedecer á Dios y á vuestros superiores sin excepción; á no depender sino de su Providencia, y á no querer sino su voluntad.

»La tercera, si ese reposo hace que os desprendáis del afecto de las criaturas para uniros al Criador.

»La cuarta, si os hace más sincera y cándida que una niña.

»La quinta, si no obstante la suavidad que recibís en ese sagrado reposo, estáis pronta á tolerar las sequedades y arideces, cuando Dios os las envíe, y á servirlos de vuestras consideraciones cuando le agrade.

»La sexta, si ese atractivo os hace más paciente y deseosa de sufrir, sin querer otro alivio ni contento que el de vuestro Esposo.

»La séptima, si ese reposo y sueño amoroso os hace más humilde; si os hace despreciar al mundo y á vos misma, para no estimar más que la bajeza, los trabajos y la Cruz (1).»

Se ve, por estas palabras tan admirables como profundas, que la Santa Madre de Chantal no era la única que era atraída á este género de oración. Muchas de sus Hijas lo eran también con ella y como ella.

En el curso de esta historia veremos los éxtasis de la Madre Ana María Roset, los raptos de la Madre de Beaumont y de la Madre de la Roche, los inefables consuelos de la Madre de Chatel, los terribles pero divinos abandonos de la Madre Favre, y en casi todas las Hijas de la Visitación, las gracias de oración más extraordinarias. La oración de quietud, en particular, era muy común. «Cuanto más adelante voy—escribía la Madre de Chantal—más conozco que nuestro Señor conduce á casi todas las Hijas de la Visitación á la oración de una sencillísima unión y único afecto de la presencia de Dios, por un entero abandono de sí mismas á su santa voluntad... oración que nuestro bienaventurado Padre llamaba de simple entrega á Dios (2).» Y en otro lugar: «El estado de oración casi universal de las Hijas de la Visitación, es el de una muy sencilla presencia de Dios y de

(1) *Vida de la Madre de Chantal*, por el Sr. de Maupas, lib. III, capítulo IV.

(2) *Respuestas de la Madre de Chantal*, pág. 517.



un entero abandono... y podría muy bien decirlo sin el *casi*, porque he notado que todas las que se aplican á la oración como es debido, son atraídas muy pronto á ese estado (1).

San Francisco de Sales, encantado con estas maravillas, estaba inquieto, no obstante, « porque—decía la Madre de Chantal—esta atracción nos es tan propia, que las almas á quienes se saca de este estado, parece salen de su centro, pierden la libertad de espíritu, y quedan en una especie de opresión, que les quita la paz, y estorba mucho sus progresos (2). » San Francisco de Sales—digo,—temiendo dejar á sus hijas sin dirección en cosas tan graves, resolvió componer una grande obra, en que expondría, con toda la claridad de que era capaz, estas divinas operaciones de la gracia. Habló de ello á la Madre de Chantal, que se llenó de santa alegría, y le animó mucho á llevar á cabo este designio, poniéndose por su parte á orar, y haciendo que se orase con el mismo fin.

Sin embargo, la obra no era tan fácil. Sin duda muchos Santos, y de primer orden, habían descrito en diferentes épocas estas maravillas del amor divino, y recientemente se había formado en España esa escuela mística que nunca ha tenido rival. San Pedro de Alcántara, Juan de Ávila, el venerable Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Luis de León, y la más grande de todos, Santa Teresa, habían cantado esa divina unión del Criador y la criatura con pensamientos, afectos y estilo tan sublimes como el asunto. Y no obstante, entonces como ahora, y después de la aparición de los inmortales libros de *los Nombres de Cristo*, *la subida del Carmelo*, *el Memorial de la vida cristiana*, *el Castillo del alma*, así como después de la publicación del tratado

(1) *Respuestas de la Madre de Chantal*, pág. 519.

(2) *Costumbres de la Visitación*, pág. 510.

*del Amor de Dios*, de *los estados de la Oración*, de *las Cartas espirituales* de Fenelón y Bossuet, la obra estaba erizada de dificultades, y seguramente era la más ardua de cuantas puede emprender el espíritu humano. Hay ciertas líneas de aquel libro de oro, que costaron á San Francisco de Sales, para componerlas, como él mismo dice, el trabajo de leer más de doscientas páginas en folio.

Para colmo de dificultades, en vano buscaba el Santo Obispo el tiempo que exigía un trabajo semejante. Rodeado de un gentío inmenso que se agrupaba á su alrededor reclamando sus consejos; abrumado por una correspondencia espiritual de todas partes de Europa; cargado de negocios hasta el punto de hacerle escribir: « No son ríos los negocios de este país, sino torrentes, » estuvo mil veces para renunciar á su proyecto. Felizmente la santa Madre de Chantal estaba á su lado, digámoslo así. Le agujijoneaba sin cesar; le escribía incesantemente esquelitas cortas, pero vivas, para excitarle á concluir su obra, dándole gracias y mostrando alegría cuando de nuevo se ponía á trabajar en ella; no ocultando, por el contrario, su pena cuando los negocios le interrumpían; teniéndole, en una palabra, según la misma expresión del Santo, puesta la espada á la garganta sin dejarle un instante de reposo.

Instado el Santo de este modo, resolvió concluir su trabajo, y empleó en él todo el año de 1615 y los primeros meses de 1616. Tal era su fe, su piedad y su claro conocimiento de las cosas de Dios, que sus lágrimas corrían casi sin interrupción mientras escribía. Muchas veces se veía obligado á detenerse para dejarlas correr con libertad. Algunas otras su rostro estaba radiante. Un día en particular, el 25 de Marzo, en que escribía acerca del amor infinito que movió al Hijo de Dios á hacerse hombre, un globo de fuego apareció sobre su cabeza, y le envolvió en resplandores de gloria. Pero



su prudencia y su humildad eran tales y tan grandes, que no escribía ni aun una página, después de grandes meditaciones, sin que la leyesen algunos Obispos, teólogos y religiosos; no fiándose ni de su juicio y trabajo, ni aun de las pruebas evidentes que Dios le daba de su asistencia.

Así se concluyó el célebre tratado del *Amor de Dios*, en el cual se muestra San Francisco de Sales tan gran filósofo como orador, poeta y teólogo; uniendo á la imaginación más rica, al estilo más brillante en su misma sencillez, al plan más preciso y fecundo, una solidez de doctrina y una precisión de lenguaje, que se tuvo ocasión de admirar cuando cincuenta años después se levantaron las ardientes y difíciles polémicas del *quietismo*. Pero si en esta obra el filósofo, el poeta, el teólogo son de primer orden, ¿qué diremos del Santo? Sólo un corazón abrasado de amor divino ha podido comprender hasta un grado semejante, y sentir y explicar tan perfectamente todas las delicadezas del santo amor en las almas. Cuando se dió á luz la *Introducción á la vida devota*, los amigos del Santo Obispo desearon que no escribiese más, temiendo cayera del alto puesto á que aquel libro le había elevado. Después que apareció el tratado del *Amor de Dios*, todo el mundo deseó que no cesase de escribir; y no solamente las naciones católicas, Francia, Italia y España, sino la misma Inglaterra y su rey Jacobo I, aunque hereje, no pudieron contener el grito de su admiración.

Compuesto para las hijas de la santa Madre de Chantal, y debido á sus instancias repetidas, el libro del *Amor de Dios* pertenece, por consiguiente, á su historia. También les pertenece de otro modo. La santa Madre de Chantal y sus hijas, no sólo fueron el aguijón para que San Francisco de Sales escribiese, sino que le sirvieron de modelo. Describiendo el nacimiento, los progresos y las bellas operaciones del divino amor en

las almas, el Santo Obispo copiaba á sus Hijas; pintaba su interior, que conocía tan perfectamente, y los favores y gracias sublimes de que Dios las colmaba. La Madre Ana María Roset le proporcionó los rasgos principales del sexto, séptimo y octavo libro del *Teótimo*. Pensaba en la Madre de Chatel cuando pintaba de una manera encantadora las caricias del amor divino en las almas inocentes. La Madre de la Roche le hacía ver sus éxtasis; la Madre de Beaumont, sus tranquilas alegrías; la Madre de Brechard, sus incendios devoradores; la Madre Favre, sus pruebas y terribles abandonos. En cuanto á la Madre de Chantal, modelo de todas las demás, puede decirse que desde el primero hasta el último renglón, San Francisco de Sales no la perdió ni un sólo instante de vista. Los consejos que de viva voz le había dado, los que le había escrito, las comparaciones ingeniosas de que se había servido en varias épocas para explicarle su estado, hasta fragmentos enteros de las cartas que le había dirigido, se encuentran palabra por palabra en cada página de este libro. Así le decía confidencialmente: «El libro del *Amor de Dios*, hija mía, está escrito para vos.» Y en otra parte: «Para vos y todas las que se os parecen compuse el tratado del *Amor de Dios*.»

El Santo Obispo no pudo negarse el consuelo de decir, aun en público, qué peticiones le habían hecho emprender este trabajo, y sobre qué modelo le había calcado. Por esto en su prólogo, lleno de franqueza y de gracia, como todo lo que escribía, después de haber hablado de las grandes obras que había consultado, á saber, las de Santo Tomás y San Buenaventura, las del bienaventurado Dionisio el Cartujo, las de Santa Catalina de Génova y Santa Catalina de Sena, en los tiempos pasados, y en nuestra época—dice,—al Padre Luis de Granada, «este gran doctor de la piedad,» al célebre Cardenal Belarmino, y sobre todo á



la bienaventurada Teresa de Jesús, «que ha descrito tan perfectamente los movimientos sagrados de la dilección;» después de haber, digo, indicado estos grandes manantiales, de donde había sacado á manos llenas tan inmensos tesoros, insinuando discretamente otra fuente secreta y escondida, quiero decir, el interior de sus queridas Hijas, advierte «al querido lector» que había en la pequeña ciudad de Annecy una humilde Congregación de doncellas y viudas, cuya piedad y pureza le llenaban de consuelo; que iba á menudo á verlas para hablarles de Dios; lo que le obligaba á tratar de los afectos más delicados de la piedad; «y una buena parte—añade,—de lo que te comunico ahora, querido lector mío, lo debo á esa bendita junta. La Madre de todas, que es la que preside, sabiendo que yo escribía acerca de este asunto, y que no obstante sería muy difícil que pudiese dar á luz mi trabajo si Dios no me asistía de un modo especial y me daba un poco de tiempo al efecto, ha tenido gran cuidado de rogar y hacer que rueguen muchos con este objeto, instándome santamente para que aprovechase los cortos instantes que creía podría aprovechar, por aquí ó por allí, en los afanes de mi obligación, para emplearlos en esto. Y porque tengo á esta alma la estimación que Dios sabe, no ha tenido ella la menor parte para animarme en esta ocasión. Verdaderamente hace mucho tiempo que pensaba escribir sobre el amor sagrado; pero este proyecto no es comparable con la fuerza que esta ocasión me ha dado, lo cual te manifiesto sencillamente y de buena fe, á imitación de los antiguos.»

Dios, pues, no rehusaba ninguna gracia á la Visitación naciente; después de haber escogido con tanto cuidado á la Madre y á las primeras Hijas del Instituto, habiéndolas sacado tan divinamente (digámoslo así) del mundo, no contento con llevarlas á la soledad y concederlas los beneficios del santo amor, inspiraba al

mayor Doctor de esta época les revelase todos los misterios de aquél. La misma mano que había compuesto las *Constituciones*, escribía el tratado del *Amor de Dios*. El vuelo más sublime, recibía así de las reglas, como si dijéramos, el impulso primero y más humilde; y al observar estas delicadas atenciones de la Providencia, no era difícil predecir grandes maravillas.

FIN DEL TOMO PRIMERO



Oger Fremiot, vivía en Dijón en 1445.

Renato Fremiot, Tesorero en Dijón en 1479.

Renato II Fremiot, Auditor del Tribunal de Cuentas de Dijón, murió en 1518.

Juan Fremiot, Señor de Saulx, Consejero de Barrán, Consejero del Parlamento en 1529, se casó con Guillermina Godrán, hija de Filiberto Godrán y de Micaela Berbisey.

